



PROSPERIDAD
PARA TODOS



fundación
Gabriel García Márquez
para el nuevo
periodismo iberoamericano

“EL HOMBRE QUE NOS DA LA ESPALDA”

María Jesús Zevallos (Perú)

Nada brilla más en el escenario que la calva honorable de Rinaldo Alessandrini. Es un martes de enero en el auditorio del Teatro Mejía, en la Ciudad Amurallada de Cartagena de Indias. Alessandrini, el clavecinista italiano, la estrella más importante de la música barroca hoy en día, ha llegado a Colombia para ser el director artístico del Festival Internacional de Música de Cartagena, que se celebra desde hace seis años en esta ciudad. Hoy, como todos los días, toca de espaldas al público. Se sienta frente a su clave color madera; frente a los músicos del ensamble de música barroca Concerto Italiano, que fundó hace más de veinte años.

Alessandrini interpreta música que ya no existe. Música que ya nadie compone. Música barroca, del siglo XVII, cuando los católicos y los protestantes se peleaban entre ellos, y usaban la música como propaganda para captar fieles o mantenerlos. La música de esa época se volvió recargada y exagerada; extremadamente dramática, para comunicar las emociones de la fe.

El auditorio está repleto de la aristocracia colombiana, muchos de ellos llegaron de la capital, casi uniformados con guayaberas blancas y vestidos de verano, y que lucen elegantes sobre las pieles bronceadas de los asistentes. En cambio, Alessandrini y todos los músicos del Concerto Italiano visten de negro, como todas las noches del festival. Lo único que se divisa de Alessandrini es su espalda robusta, que se rebalsa sobre los pantalones de vestir, y aquella calva brillante que es lo más reconocible ante la audiencia.

La música es fuerte, intensa, cautivante. Alessandrini goza, se retuerce en su asiento, su calva se mueve de lado en lado mientras sus dedos hacen música sobre el clave. Es toda una celebración, a comparación de otros conciertos de música clásica; una misa de Iglesia Gospel entre ceremonias católicas; el cha-cha-chá dentro de la competencia de bailes de salón. Es música que transmite energía, y el maestro Alessandrini es el principal conductor. Pero esa energía parece solo ser compartida en el escenario.

Es el cuarto día del festival, y el segundo en el que fracaso rotundamente en conseguir algunas palabras del maestro italiano. Sobrevivo, sin embargo, con el consuelo de saber que no soy la única.

El calor de Cartagena irrita todo, incluyendo el humor. Pero Alessandrini sonrío durante el ensayo del Concerto Italiano en el Teatro Mejía. Todos sus músicos están en el escenario, pero el maestro está sentado en la primera fila de la platea del Teatro, con un

Con el apoyo de **Red Assist**, **Cartago Foundation** y **Secretaría de Cultura de Barranquilla**.
Colaboran con la iniciativa el **Hay Festival**, el **Festival de Música de Cartagena**, **Universidad Jorge Tadeo Lozano**, la **Organización Ardila Lülle**, **KienyKe.com** y el **Carnaval de Barranquilla**.



PROSPERIDAD
PARA TODOS



fundación
Gabriel García Márquez
para el nuevo
periodismo iberoamericano

f n p i

iPhone en su mano derecha, su mánager Valerio Tura a la izquierda, sus ojos en el teléfono y aquella sonrisa en los labios. Es el quinto día del festival.

Una mujer joven se le acerca, cámara de video en mano, y vistiendo una camiseta negra, similar a la que usa el maestro. Es una periodista con una agenda que cumplir y la esperanza ingenua de que el tener confirmada una entrevista con Alessandrini significa que en realidad ocurrirá.

—¿Qué se le ofrece, *bellisima*? —le pregunta Tura, antes que la muchacha pueda llegar a Alessandrini.

—Vengo a hacerle una entrevista al maestro. Coordiné con la gente de prensa del festival.

Alessandrini se levanta de su butaca, desentendido y, con la mirada fija en el iPhone, sube al escenario. Tura, que conoce las mañas de quién ha sido su cliente por más de treinta años, grita su nombre y el maestro voltea. Le explica que la mujer ha llegado a entrevistarle. Alessandrini guarda su iPhone y su sonrisa se desvanece como derretida por el calor. «¿Cuánto tiempo, eh?», pregunta el maestro, mientras se rasca la calva. «Unos veinte minutos», responde Tura. Alessandrini voltea y se esfuma entre las cortinas negras del escenario. Media hora pasa y el maestro reaparece en el escenario y se sienta frente a su clave, ese instrumento del que se enamoró cuando tenía dieciocho años. «*iRagazzi!*, *iRagazzi!*», grita el maestro a su grupo de músicos. «*iCominciamo!*».

Al parecer, Alessandrini no se mezcla mucho con el mundo fuera de su música. «El maestro es muy pragmático», me dijo Ettore Belli, primera viola de Concerto Italiano. Belli conoce al maestro desde que ambos tenían quince años, cuando fueron elegidos para participar en un ensamble de música barroca en su nativa Roma. Ambos aceptaron, ambos se enamoraron de la música. «Amamos la energía del barroco», explica el violista. «Es algo que no tiene la música romántica, te llena cuando la tocas». Belli comenta que a Alessandrini le cuesta hacer tiempo para algo que no sea la música. Algo similar me cuenta Stefano Eulogi, empleado del festival a cargo de Alessandrini. «¿Sabes que a mí no me habló por tres días cuando recién llegaron?», me cuenta con un acento colombiano que tapa involuntariamente su nacionalidad italiana. «Parece un señor complicado, pero con sus músicos sí se lleva muy bien».

Advertencias sobraron entre mis intentos de entrevistar a Alessandrini. En entender por qué tantos colegas tenían las mismas dificultades para conversar con él; en entender por qué toca de espaldas, cuando tantos clavecinistas contemporáneos optan por dirigir la orquesta de perfil al público. Todas eran preguntas que tenía para Alessandrini. Pocas o ninguna era sobre las notas que salían de su clave. «Debes tener cuidado en hacer tus preguntas», me dice Anne Midgette, la crítica de música clásica del diario estadounidense The Washington Post, durante una conversación sobre mis intentos fallidos de entrevistar al italiano. Anne me cuenta que en 1991 una periodista había tratado de concretar una entrevista con Pavarotti durante seis meses. Cuando por fin la



PROSPERIDAD
PARA TODOS

BECAGABRIELGARCÍAMÁRQUEZ
de periodismo cultural

fundación
Gabriel García Márquez
para el nuevo
periodismo iberoamericano

fnpi

consiguió, la primera pregunta que salió de su boca fue: «Señor Pavarotti, ¿cuál es su equipo de fútbol favorito?». Pavarotti, con una mirada fija en la muchacha, se levantó y se fue. «Ella quería crear una atmosfera ligera, pero terminó irritándolo». Con eso, Anne dijo mucho. Mucho de lo que ya se me había cruzado por la cabeza: los músicos clásicos poco les interesa el hablar con gente que no sabe de música clásica. «Prefiero discutir con un genio antes que con un idiota», habría declarado Alessandrini al periódico digital español ABC, al hablar de su colaboración con el director de ópera Luca Ronconi.

Ronconi era el genio. Yo podría ser la idiota.

Es la quinta noche del festival y mi sexto intento de registrar alguna frase de Rinaldo Alessandrini en mi grabadora. He pasado casi media hora conversando con Tura quien, a estas alturas, ya me conoce de nombre y apellido. «El maestro es muy cordial, pero su música va primero», me explica, tratando de darme una excusa que no haya escuchado en la semana. En las bocas de los organizadores, jefes de prensa, y encargados de la orquesta, un grito popular ha sido el siguiente: «Alessandrini es un divo, no conseguirás una entrevista con él». Pero la obsesión de un periodista a veces puede más que el sentido común.

El Concerto Italiano se prepara para una de sus últimas presentaciones en Cartagena. Es un concierto al aire libre y Alessandrini ha tenido algunos problemas durante los ensayos al evitar que el viento no influya en el sonido del ensamble. Hoy tocan Las Cuatro Estaciones, la famosa obra que inmortalizó a Antonio Vivaldi. El sonido es potente y emocionante. Por una hora, el público se olvida del calor caribeño de la ciudad, de la champeta y la salsa que se baila en el bar del costado, de la bulla juvenil de un viernes por la noche que está a punto de nacer. La potencia de Alessandrini se siente, y el público obvia los problemas técnicos: olvida que la partitura de una de las violinistas voló hacia las butacas, olvida el *feedback* recurrente de los parlantes, olvida las once campanadas del convento que se mezclan en el Otoño, y las Cuatro Estaciones le dan una textura completa a esta noche de verano. Alessandrini tampoco se ve preocupado – excepto por el feedback, que con muecas hacia la consola de sonido pide arreglar– por los inconvenientes de tocar en la intemperie.

Antes de que esa presentación comience, estuve más cerca que nunca a Alessandrini. «Ven, te lo voy a presentar», me dijo Tura, y saqué de inmediato mi grabadora de la cartera. Hasta ese momento, las seis citas confirmadas para entrevistar al maestro habían sido a través de intermediarios. Ahora por fin podría hablar con él cara a cara. «Lo siento, tengo una cena antes del concierto», me dijo Alessandrini, parado en el escenario, mirándome fijamente a los ojos. Entre odio y tristeza, me rendí. Pero ya estaba en el lugar, así que decidí escuchar al causante de mis desvelos, esta vez, sin agenda de



PROSPERIDAD
PARA TODOS

BECAGABRIELGARCÍAMÁRQUEZ
de periodismo cultural

fundación
Gabriel García Márquez
para el nuevo
periodismo iberoamericano
fnpi

por medio. Por fin me siento a escuchar a Alessandrini y al Concerto Italiano y a Vivaldi y a lo que, por primera vez, siento que me he perdido durante una semana. Esta sensación pura y completa que su música tiene consigo. Tal vez este es su método. Si él no es relevante, si sus palabras no se expresan, entonces solo la música importa.

Con el apoyo de **Red Assist**, **Cartago Foundation** y **Secretaría de Cultura de Barranquilla**.
Colaboran con la iniciativa el **Hay Festival**, el **Festival de Música de Cartagena**, **Universidad Jorge Tadeo Lozano**, la **Organización Ardila Lülle**, **KienyKe.com** y el **Carnaval de Barranquilla**.